

OTRA vez volví a oír, y ahora en el Congreso de la Universidad de América Latina, las voces de la desesperación. Y eran nada menos que las del antropólogo brasileño Darcy Ribeiro — "somos pueblos históricamente "secuados"— o del filósofo peruano August Salazar Bondy — "no existe una cultura latinoamericana, como entendemos en la antología de "el médico"—, a quienes la demora en ver la ansiada transformación de nuestro continente lleva a un desaliento romántico que, curiosamente, coincide con la visión negativa de América Latina que han manejado las oligarquías extrajeras. Aunque se trata de posiciones que corresponden a signos diametralmente opuestos, tienen una coincidencia momentánea que conviene recordar: o escamotear la realidad de una cultura latinoamericana que no es de hoy ni de ayer sino que tiene ya siglos de paciente y doloroso desarrollo y que es la única que pueda conferir existencia y posibilidad de avance revolucionarios al hombre latinoamericano.

La pérdida de esta visión de la cultura latinoamericana, como elemento positivo del proceso de transformación continental, como el verdadero sustento de una nacionalidad global de sus pueblos al sur del Río Bravo, por lo tanto como tradición que confiere existencia histórica y que contribuye a la consecución del destino futuro más pleno, ha alcanzado en América Latina diversas matices, aunque en general todos corresponden a una muy elevada idealización —visiblemente utópica— de lo que podrá ser la cultura de un continente liberado de las sujeciones en que vive y, por contraste, una igualmente intensa desvalorización de los aportes que han hecho hasta hoy las sucesivas generaciones. Es el plano medio, que, como decía Guandín, es el de la realidad cotidiana de la vida, el que queda amputado. Quizás el punto más bajo de la desvalorización pueda encontrarse en unas declaraciones de la arquitecta y escultora mexicana Lourdes Sáezurn, quien no sólo desconoce la cultura latinoamericana sino la de la totalidad occidental, "porque la cultura occidental está fundada en valores destructores y la cultura prehispánica en valores absolutamente creadores". Si es obvio que las áreas americanas marcadas por la presencia indígena deberían apelar a ésta para su transformación, como las áreas africanas a las expresiones culturales negras, no es menos cierto que ella no se lo permitirá la participación de las formas occidentales de la criolalidad —que en algunas áreas son las únicas existentes— dado que América Latina es fatalmente mestiza y además, situada en la perspectiva de una incipiente cultura planetaria, nunca podrá desdénar las creaciones técnicas, científicas y artísticas de la civilización occidental a la que pertenece. A este mismo problema del Miao Tse-tung en China uno de esas respuestas metafóricas y agudas que patentizan su naturaleza de poeta: hay que caminar con las dos piernas.

ANGEL RAMA

LAS VOCES DE LA DESESPERACION

OTRO más de la desvalorización de América Latina es menos drástico, pero no menos despectivo: ve a toda la cultura del continente como hija de la dominación ejercida por las potencias extranjeras, mero trasiego de fórmulas generadas en las metrópolis culturales externas y destinadas a consolidar la dependencia, las que han concluido por imitar una segunda cultura que sólo sirve a la explotación. La tesis ha seducido en especial a los pensadores del área peruana, donde la estricta sujeción de la cultura indígena que se impuso desde la colonización, remitiéndola a la mera repetición folclórica y apartándola de toda creatividad, estableció como contragolpe que la cultura de dominación quedara amputada de las raíces regionales y del enriquecimiento mestizo, obligándola a un abastecimiento externo que no hizo sino subrayar su ajenidad y no irrisoria desubicación. Pero fue en esa misma zona donde se generaron desde el siglo XIX las nuevas interpretaciones de los fenómenos culturales que revaloraron críticamente esa dicotomía y procuraron la reintegración. Desde las correcciones de Manuel González Prada y sus discípulos, sobre todo desde la fecundación del marxismo en el pensamiento de Mariátegui y sus "anautas" y de la vasta operación poética de Vallejo, existe una corriente cultural que mal podría colocarse en el vector de una cultura de la dominación sino estrictamente en la línea revolucionaria de transformación de una sociedad, integrando sus autómetos y eficaces aportes creadores. De esa línea revolucionaria son herederos quienes sin embargo la niegan porque no perciben en qué medida ellos los ha modelado. En definitiva existe porque existe una incesante acumulación cultural que en cada época ha enfrentado los problemas específicos de su tiempo y ha encontrado el camino adecuado para asegurar la continuidad y el progreso de una manifestación cultural que incansablemente persigue la autenticidad mediante la liberación.

Si los jóvenes normalmente creen que con ellos se inaugura la historia, tal ilusión responde a que asumen como elementos naturales las que son conquistas culturales de las generaciones anteriores. Es cosa que en especial no podemos desatender quienes trabajamos a partir del material llamado idioma, del que sabemos que lejos de integrar una superestructura de determinado tipo de sociedad de donde se derivó, condenado por lo mismo a la caducidad una vez que ella periclitó, es un producto de una larga elaboración donde cuenta la labor paciente de los dominados que allí han depositado, muchas veces enfrentándose a los dominadores, su riquísima e incesante creatividad. Del proceso creador de esa lengua que usamos, somos simplemente un instante histórico; la transformación de ella a que podamos aspirar no dejará de estar condicionada por los sucesivos depósitos creativos recibidos, es decir, no cancelará la historia sino que la enriquecerá. Tampoco congelará su futura evolución, en la medida en que sepamos que nuestra verdad no es el último remate de la historia. Pero es normal también que el idioma se presente a los jóvenes exclusivamente en una perspectiva sincrónica: por eso no perciben que la creatividad que concede es producto de esfuerzos humanos concretos que han marchado desde el momento que pudieron disponer, desdeshaciéndose fuertemente los dictámenes de la Real Academia Española, que funcionaba como el templo dios extranjero, de más allá del mar, al que se debía respetar, estrictamente "al pie de la letra".

Esto es también lo que ha ocurrido en el campo de las ideas, del arte y de las mil formas culturales, siendo hoy una obligación para nosotros el distinguir entre las aportaciones del pasado que se nos muestran cristalizadas en documentos y aquellas que viven sumidas en la realidad misma de la cultura y que la modelan jubilosamente. Más importante que el mismo ideario de Simón Bolívar es lo que ese ideario produjo en el cuerpo de la realidad determinándonos incesantemente, es lo que respiramos con naturalidad y casi no percibimos reflexivamente. Más importante que la poesía y la prosa de Martí es lo que ellas cavaron en las formas expresivas de la América Hispánica, transmutándose en sus sucesores, abriendo nuevas perspectivas y proporcionando al lenguaje el cantar nuevas etapas: éstas podrán ignorarse de qué fuente remota parten, porque ya navegan felizmente por el río caudaloso de lo real.

Las aportaciones libertadoras de la cultura latinoamericana no se guardan exclusivamente en bibliotecas: viven en lo real y se las percibe en la piel misma del hombre latinoamericano, en su lenguaje de relación con el mundo, en sus modos de la acción. Ellas demuestran que ese hombre vive porque vive una cultura auténtica, creada a través de todas las dificultades y oposiciones, de todos los embates enemigos, decidida a vencerlos y a ser soberana.